

¿Por amor o por placer sexual?: disputas, acuerdos y poder en socialidades sexo-afectivas entre jóvenes de Guadalajara

*La intimidad implica una absoluta democratización
del dominio interpersonal, en una forma en todo homologable
con la democracia en la esfera pública [...].*

*Los cambios que afectan ahora a la sexualidad
son revolucionarios, no en la superficie sino en profundidad.*

Anthony Giddens, 1998: 13.

Palabras iniciales

A pesar de ser un hecho que muchas de las concepciones, prácticas, expresiones y formas de organización e interacción de la juventud contemporánea, de una u otra forma, siguen reproduciendo esquemas basados en tradiciones culturales de «viejo cuño»; es justo reconocer también que presentan nuevos acuerdos e interacciones novedosas que, también de una u otra forma, contribuyen al cambio cultural de nuestra sociedad en diferentes ámbitos. No todo es cambio ni todo es continuidad. No por ser jóvenes, todos quienes se ubican en ese periodo de vida han transformado radicalmente las condiciones de sus diversas socialidades; pero tampoco es verdad que absolutamente todos y todas persisten en reproducir interacciones con características inmutables al paso de los años. Y aún más: si «bajamos» la mirada a las formas en que se relacionan e interactúan las nuevas generaciones con respecto a la afectividad, el enamoramiento y la sexualidad, el entrecruzamiento entre lo «novedoso» y lo «tradicional» puede llegar a sorprendernos. Una de las etiquetas que la sociedad le adereza al periodo juvenil es aquella que se le considera como «la edad de la experimentación desenfrenada», «la edad de las prácticas promiscuas», y

«la edad de riesgo» ante las consecuencias negativas de «antojos pasajeros y superfluos». Pero, ¿realmente conocemos cómo interactúan los jóvenes en sus relaciones sexo-afectivas?, ¿son tan innovadores en ese ámbito como lo suponemos?, ¿cuáles prácticas pueden considerarse aún como «tradicionales»?

Estos cuestionamientos me acechaban y fueron tomando más interés a partir de dos sucesos: primero, al realizar un estudio (Marcial, 2012) sobre la prácticas de violencia entre parejas jóvenes en sus relaciones de noviazgo y constatar la prevalencia de concepciones y acciones de evidente imposición de los varones sobre sus compañeras, me pareció que estas generaciones no se distancian mucho de quienes les antecedieron al reproducir acuerdos tradicionales en sus formas de interactuar, tomar decisiones y relacionarse. Según la *Encuesta Nacional de Juventud 2010* (Instituto Mexicano de la Juventud, 2011), 75% de los jóvenes en México entre los 12 y 29 años de edad han tenido, en alguna ocasión al menos, una relación de noviazgo sin cohabitación de la pareja en el mismo domicilio. A pesar de que casi todos (92%) afirmaron conocer los métodos anticonceptivos, 15% de los jóvenes mayores de 15 años que ya vive con su pareja aceptó que fue la consecuencia de un embarazo no planeado; los jóvenes de la zona metropolitana de Guadalajara indicaron en un 68% que el varón tiene la responsabilidad de mantener económicamente a la familia, mientras que un 52% afirmó que el rol más importante de la mujer es ser madre; 2.5% aceptó que si la mujer hace algo indebido, el hombre tiene derecho a golpearla; y prácticamente 6% mencionó que la mujer está obligada a tener relaciones sexuales con su pareja, aunque no lo desee. Un 9.4% de los jóvenes que mantenían una relación de noviazgo en ese año (2010) en la ZMG, habían sido criticados por sus parejas en su forma de ser y 8% recibió críticas por su forma de vestir y arreglarse, siendo las mujeres las que más lo sufrían (91%). El 4.4% afirmó que sus parejas, al menos en una ocasión, les habían prohibido ciertas actividades; y que solían controlar y vigilar lo que hacían; 7% manifestó que en repetidas ocasiones su pareja desacreditaba sus puntos de vista bajo el argumento de «es que tú no entiendes nada», y casi un 6% aceptó que recibía burlas y era ridiculizado en público por su pareja; 5.3% indicó que su pareja solía controlarle sus gastos y el uso de su propio dinero. Finalmente con respecto a estas prácticas de violencia simbólica, 4% manifestó que su

pareja le había amenazado con hacerse daño si terminaba la relación, 5.6% ha sido amenazado con ser golpeado, y 7% había recibido de parte de su pareja insultos, gritos y amenazas (Instituto Mexicano de la Juventud, 2011).

En cuanto a la violencia física, 3.2% había recibido golpes y agresiones (empujones, bofetadas, arañazos, patadas, sacudidas, zarrandeadas, y jalones de brazo o cabello). Otro 5% aceptó que su pareja intentó estrangularlo y 5.2% recibió amenazas con cuchillos o navajas. Un 10.5% fue víctima de violencia sexual, sea que fue obligada(o) a hacer cosas que no le gusta al estar en la intimidad con su pareja, o a tener relaciones sexuales sin desearlo (*idem.*). Desgraciadamente no contamos con datos para comparar estas concepciones y prácticas de violencia entre parejas jóvenes con relación a generaciones pasadas, como para afirmar que existen cambios radicales en las socialidades sexo-afectivas de los jóvenes contemporáneos. Podríamos pensar que los porcentajes referidos a violencia simbólica y sexual se han reducido, pero estas prácticas siguen vigentes durante el noviazgo y ello implica que serán una «semilla» que dará sus «frutos» negativos cuando estas parejas estén dentro de una relación formal y establecida (casados o no, con hijos o no). Ciertamente, no es nada alentador el contexto al que se enfrentan las mujeres en nuestro país,¹ aunque no por ello se pueden dejar de observar algunos avances en lo que respecta a la equidad de género, sobre todo a nivel discursivo, y la puesta en práctica de acuerdos más democráticos entre parejas jóvenes. De nuevo, queda claro que no todo es innovación ni todo es continuidad inmutable.

La otra cuestión que me hizo pensar sobre los cambios y las continuidades en las interacciones entre jóvenes en sus relaciones afectivas y sexuales fue el panorama que se vislumbra a partir de investigaciones en otros países (Beckerman, 2004; Carroll, 2010; Chambers, 2008; Flowers, 2010; Henderson, 2007; Johansson, 2007; Judovitz, 2001;

¹ La situación de la mujer en México no es nada alentadora, debido a que el nuestro es «[...] uno de los peores países para ser mujer, ya que ofrece a su población femenina muy escasas oportunidades de participación política y acceso al trabajo y la salud, al mismo tiempo que la expone a graves condiciones de violencia y desigualdad [...]»; según un estudio realizado por la Fundación Internacional Thomas Reuters (*La Jornada*, 2012).

Levy, 2005; Powell, 2010; y Wilkins, 2008). Ante la concepción sobre la llamada *Age of raunch* que han impulsado las nuevas generaciones calificadas como *Generation Sex* o *Generation SLUT* debido a sus concepciones y prácticas sexo-afectivas,² pareciera que las herencias de la liberación sexual de los años sesenta y setenta del siglo XX habían tenido consecuencia en una serie de cambios en las reglas no formales de consentimiento que rigen las socialidades amorosas y sexuales entre los jóvenes contemporáneos de países como la Gran Bretaña, Estados Unidos y Australia. Como sucede en nuestro país, allá los jóvenes tienden a casarse a mayor edad, pero inician su vida sexual cada vez a edades más tempranas y con encuentros cada vez más frecuentes (Wilkins, 2008: 107).³ Se incrementan significativamente las uniones consensuales (sin contrato civil ni religioso), pero también hay un aumento exponencial de divorcios a edades cada vez más tempranas, así como una marcada disminución de la tasa de embarazos juveniles. Todo ello sucede simultáneamente al resquebrajamiento de los roles de género dentro de la pareja, la familia y el trabajo como parte constitutiva de la liberación de un «anarquismo moderno del amor» (Beck y Beck-Gernsheim, 2001: 235). Según Giddens (1998), el «amor romántico» que basa su existencia en ideales está siendo sustituido por el «amor confluyente» que exige vivir realidades en plena libertad; y la sexualidad entrenada, ejercitada y destinada a la procreación va dejando su lugar a una «sexualidad plástica» más enfocada al placer, la complementariedad, la expresividad y la experimentación.

² *Age of raunch* hace alusión a estos tiempos como la «era de lo vulgar», la «era de la obscenidad», la «era de lo sexualmente explícito», en la que los jóvenes son catalogados como la «generación sexo» (*generation sex*) o la «generación de adolescentes urbanos sexualmente liberados» (*generation SLUT: sexually liberated urban teenagers*) (Beckerman, 2004; Levy, 2005; Powell, 2010). Hay que hacer notar que el vocablo en inglés *slut* se usa para nombrar peyorativamente a quienes se prostituyen.

³ En nuestro país se puede observar una tendencia clara en la disminución de la edad en que los jóvenes inician su vida sexual, que actualmente se ubica en los 16 años para las mujeres y los 14 años para los varones (Instituto Mexicano de la Juventud, 2011).

En los países citados, los jóvenes reproducen discursivamente concepciones innovadoras en términos morales al restarle importancia a la virginidad femenina antes del matrimonio, a la reputación de las mujeres que buscan explícitamente el placer sexual y la construcción de masculinidades alternativas a las formas más tradicionales basadas en un control autoritario de sus parejas femeninas (Powell, 2010: 1). Pero en clara contratendencia con estos discursos se han multiplicado las agresiones sexuales hacia las mujeres,⁴ lo que le provoca a Powell la reflexión sobre un especie de «castigo moral» de los varones hacia la mujer ante el comportamiento más liberal de algunas de ellas en lo concerniente a su vida sexual. Así las cosas, surge la pregunta sobre ¿qué tipo de continuidades y qué tipo de cambios están experimentando los jóvenes contemporáneos en sus socialidades sexo-afectivas? Nuestro contexto podrá presentar similitudes pero, sobre todo, especificidades con respecto a estos casos; y, aunque también es evidente que acá ni todo es cambio ni todo es permanencia, ¿realmente que están viviendo al respecto nuestros jóvenes? Podemos adelantar, debido a los resultados de encuestas que abordan esas temáticas (Instituto Mexicano de la Juventud, 2008; 2011; Instituto Mexicano de la Juventud-Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, 2010), así como estudios rigurosos sobre el tema (Ramírez, 2005; Rodríguez, 2006), que las reglas culturales no escritas sobre las negociaciones de las relaciones amorosas y sexuales de los jóvenes denotan claramente que tienden a perjudicar en muchos sentidos a las mujeres en su capacidad de negociación, pero eso no significa necesariamente que los varones se vean claramente beneficiados con ello, ya que les impide o complica negociar sus acuerdos sexo-afectivos desde masculinidades alternativas al modelo tradicional.

⁴ Powell, por ejemplo, menciona que en Australia el 10% de las mujeres jóvenes entre los 18 y los 24 años de edad han sufrido algún tipo de agresión sexual, comúnmente en sus propios hogares por parte de gente conocida, lo que les genera sentimientos de auto-culpa. El 92% de las víctimas son mujeres y el 99% de los agresores son varones. Afirma que cerca del 80% de las mujeres (jóvenes y adultas) refieren haber enfrentado una experiencia sexual no deseada y el 16% agresiones sexuales (2010: 2-3).

Ser hombre «está cabrón»: la fuerza, la superioridad distanciada, el férreo entrenamiento para participar de esa cofradía llamada «sexo masculino» no se reduce a habitar un mundo de privilegios en los que la violencia «propia» puede ejercerse porque sí. [...] se aprende a ser violento como parte constitutiva del ser hombre (Reguillo, 2005: 17).

Es necesario entonces revisar algunas concepciones y prácticas con respecto a las socialidades sexo-afectivas entre los jóvenes contemporáneos, en las que nos daremos cuenta que la intersección entre los cambios y las continuidades en sus formas de relacionarse tienden a moverse, de forma muy flexible y como un *continuum*, entre el consentimiento, la presión, la coerción y la fuerza; siempre dominadas todas ellas por relaciones de poder que se erigen como parte constitutiva de las inequidades de género que prevalecen en nuestra sociedad. Así como no todo es continuidad ni todo es cambio, en las socialidades sexo-afectivas juveniles contemporáneas no todo es «violencia» ni todo es «acuerdo».

Disputas, acuerdos y poder

Al aceptar que las prácticas sexo-afectivas de los jóvenes contemporáneos se mueven flexiblemente entre ese *continuum* que va del consentimiento claramente democrático hasta la imposición de la fuerza eminentemente autoritaria, pasando por muestras de presión y coerción; entonces debemos definir en cada caso cómo se estructuran los acuerdos o los enfrentamientos entre quienes se relacionan afectiva y sexualmente. El consentimiento parte de las bases del amor romántico que basa las relaciones afectivas y sexuales de la pareja en concordancia con la complementariedad, la reciprocidad, el entendimiento y la fidelidad. Si se «ama» a la otra persona, la entrega (sentimental y física) debe ser «incondicional» y debe demostrar que se entiende que la otra persona también tiene necesidades, deseos y expectativas. Los acuerdos deben partir del respeto de todo ello y la disposición para cumplir con lo que a uno le corresponde para coadyuvar a la realización y el bienestar de la pareja (Giddens, 1998: 43 y ss.).

Ahora con «Felipe» sí estamos bien en eso [sexo]. Él es muy comprensivo y me entiende. Entiende que estoy aprendiendo y me tiene mucha paciencia [...].

Yo estoy segura que tiene que ver con que nos queremos mucho. Antes no era así porque no había amor [...], yo estoy segura que mi otro novio andaba conmigo para tener con quien «coger», y como que lo demás era una especie de «inversión» para eso. Me paseaba y platicábamos, pero siempre sentí que eso era secundario con él [...]. Ahora el sexo es central en mi relación porque hay amor, me cai que no es lo mismo «coger» que hacer el amor (Vero, mujer heterosexual, 26 años).

Sin embargo, aunque podamos estar hablando de reciprocidad y entendimiento, las reglas informales (no escritas) atravesadas por cuestiones de género posicionan al varón joven como alguien «necesitado» de sexo, con una «necesidad biológica irreprimible», siempre dispuesto a relaciones sexuales. Además es concebido como alguien que está «obligado» a tener experiencia sexual, que no puede obtener más que experimentando encuentros sexuales casuales con diversas parejas y sin compromisos. Esa experiencia sexual debe ser evidente no sólo para su pareja femenina, sino incluso ante sus pares y también ante la sociedad en general.

Bueno, hay que hablarles bonito. Muchas veces tienes que ser amable con tal de poder estar con tu chava. Ellas manejan todo a partir de eso [sexo]: si se enojan no toca, si no les hablas no toca, si sales con cuates y amigas, no toca [...] hay que portarse bien para que toque [risas]. [...] Y lo importante es que no dejemos eso [sexo], porque la relación se acaba (Mauro, hombre heterosexual, 28 años).

Mientras, la mujer se muestra más propicia al encuentro amoroso/ íntimo desde una posición pasiva, en dependencia de lo que su hombre «necesite» más allá de lo que ella quiera o desee. Su consentimiento para tener encuentros sexuales debe limitarse a los que le solicite su pareja, porque ella «no debe» tomar la iniciativa ni buscar encuentros fuera de la relación, y así se asegura la posibilidad de mantener «viva» su relación y no «provocar» que su pareja busque en otras mujeres el placer sexual que no le es posible mitigar.

Pues sí, sí tenemos relaciones sexuales pero porque nos queremos mucho. Me calificarás de «ñoña», pero para mí el sexo no tiene sentido si no hay amor. Si

no lo amara como lo amo, no me acostaría con él. Ni siquiera seríamos novios [...]. Es que él siempre tuvo mucho sexo con otras parejas, es muy «cogelón» y yo le mantengo el ritmo porque así es él. Imagínate si yo le salgo con «a mí no me gusta tanto, no tan seguido». Pues se acabó, él va a buscar con quién. La neta a mí no me disgusta [risas], pero no se lo digo así abiertamente, sólo le llevo el ritmo [risas] (Paulina, mujer heterosexual, 25 años).

Es de común acuerdo, yo no la obligué a nada. A mí me gusta porque es una forma de demostrar que nos queremos, y es súper rico, ¿no? [risas]. Además, seguro nos vamos a casar [...]. Yo vi que desde que empezamos a tener relaciones le pensamos más en casarnos y tener hijos. Cuando hay también sexo te compenetras más con tu pareja, al menos yo me siento más comprometido y ya pienso a futuro [...]. Imagínate, si no «cogiéramos» la burla no me la acabo, son bien «cabrones» [sus amigos] (Joel, hombre heterosexual, 24 años).

Esta división maniquea entre activo-pasivo enarbolada desde siglos atrás por las relaciones entre los géneros, construye un contexto socio-cultural en el que las prácticas sexo-afectivas juveniles reproducen al varón joven como alguien dispuesto al sexo, y a ella como alguien que «debe» acceder a sus necesidades. Ello se fundamenta en el discurso de la moral cristiana que valora positivamente la disposición sexual de las mujeres, en tanto esposas, sólo con motivos reproductivos; pero castiga dicha disposición sexual si está basada sólo en el placer y el deseo. Por su lado, buena parte de los valores del amor romántico, en tanto ese «amor perfecto» que se construye como un ideal femenino, sugiere que las mujeres jóvenes deben ceder a la presión y coerción de los varones, e incluso a sucesos de violencia sexual, todo «en nombre del amor» (Giddens, 1998: 56).

Sí me ha pasado [tener un encuentro sexual con su novio en un momento en que no lo deseaba]. Fuimos a una fiesta y ya traíamos el plan, pues había dónde y yo tenía permiso de llegar muy tarde [...]. Se me quitaron las ganas porque se puso «pedo» y me estuvo «balconeando» porque «presumidón» les estuvo diciendo en la fiesta a sus cuates que íbamos a hacerlo, ya sabes, «esta noche cena Pancho», «hoy sí toca», «de aquí un revolcón, que ya hace falta». Y sus amigos, ja, ja, ja [...]. No, pues con todo puesto ni modo de decirle que no o enojarme y pedirle que me lleve a la casa [...] y menos borracho. Total,

todo sea para llevarla tranquila. –¿Pero ni siquiera le dijiste que no te pareció su actitud con sus amigos? [le pregunto]. –No, allí no, ni me iba a escuchar. Pero después le dije y se disculpó. Dijo que estaba borracho (Jenny, mujer heterosexual, 21 años).

Así, la agencia de las mujeres radica en su capacidad de moverse entre líneas muy delgadas que van desde no comportarse como una «cualquiera» al desear sexo, pero tampoco parecer «frígida» al negarse a relaciones sexuales con su pareja; especialmente cuando ellas pretenden mantener relaciones de noviazgo duraderas con solidaridad y amistad. Eso las compromete a «cumplirle» a su pareja, a aprender de ellos y a no buscar encuentros casuales con otras parejas. Mientras que, por otro lado, los varones «deben» solicitarles a sus parejas, continuamente, encuentros sexuales en los que ellos controlen todo (el momento, el ambiente, las condiciones, la periodicidad), obligándolas a separar claramente su «desempeño» y «deseos» entre los ámbitos público y privado.⁵ No hay posibilidad de que ellos no estén interesados en el sexo, que «para eso tienen novia», y deben demostrar experiencia porque a ellos sí se les premia.

Me le suelo «arreguntar», tú sabes, abrazarlo, rozarlo, tratar de provocarlo [cuando ella pretende un encuentro sexual], a ver si responde. –¿Pero tú no le dices «ándale, un rapidín» o algo para que sepa bien que tienes ganas? [le pregunto]. –Pues no, no me animo, luego vaya a creer que nomás ando «jariosa». Mejor me le «arrepego» que al fin siempre quiere (Paulina, mujer heterosexual, 25 años).

No todos los discursos sociales operan con la misma autoridad e influencia, y cada joven los acomoda con el fin de normalizar o naturalizar las condiciones de consentimiento en las relaciones afectivas y sexuales, porque «así son las cosas», o al menos, así «deben ser». Los jóvenes suelen oscilar mucho entre, por un lado, estos discursos y prácticas con claras influencias desde el ámbito institucional (familia, escuela, iglesias, gobierno) y con fuerte raigambre en concepciones tradicionales de género; hasta, por el otro lado, los discursos que repro-

⁵ Como reza el refrán: «En la sala una dama y una puta en la cama».

duce su grupo de pares basado en innovaciones, desapegos, resistencias y cuestionamientos hacia tales concepciones tradicionales. Desde allí, los jóvenes (hombres y mujeres) dotan de sentido sus relaciones y satisfacen sus inquietudes amorosas y sexuales; y los grupos de pares suelen ser intermediarios estratégicos en el acomodo de estos discursos en los que la reputación sexual de los varones se basa en lo activo, la rudeza, la agresividad, la heterosexualidad, la independencia, la experiencia; mientras que la de las mujeres tiene que ver con mantenerse atractiva, ser gentil y luchar para mantener unida a la pareja, incluso en contra de sus propios deseos y en contra de las «incontenibles» necesidades afectivas y sexuales de su pareja varón. El poder, más que ser una fuerza que simplemente restringe a las mujeres jóvenes en su capacidad, por ejemplo, de rechazar enfáticamente encuentros sexuales no deseados, funciona más bien produciendo e impulsando un cuerpo de conocimiento sobre la sexualidad de la mujer que afirma que no es «femenino» comportarse asertivamente y que no hacerlo mantiene las relaciones de amor que hacen felices a las mujeres. Sólo así se puede concebir, y naturalizar/normalizar, que las mujeres «deben» consentir el sexo no deseado. Primero porque ellas deben «estar disponibles» para sus parejas, y segundo porque los varones conciben que ellas deben «cumplir su parte» en la relación amorosa. Ello nos ayuda a entender por qué en la mayoría de las veces ninguno (ni ellos ni ellas) consideran pertinente la posibilidad de que la mujer diga «ahora no».⁶

Pero ¿qué sucede cuando todo esto ocurre bajo «otras» reglas no escritas propias de las relaciones de pareja entre personas del mismo sexo? Al salirse de la heteronormatividad y sus supuestos basados en la relación jerárquica entre los géneros, las relaciones homosexuales presentan prácticas que subvierten tales supuestos bipolares⁷ (activo/

⁶ Es conocido que en estas reglas no escritas sobre las prácticas sexo-afectivas entre jóvenes y también entre adultos, resulta «conveniente» que la mujer recurra a un supuesto dolor de cabeza para evitar por esa única ocasión un encuentro sexual no deseado. No se considera adecuado que ellas simple y enfáticamente digan «ahora no quiero», «no tengo ganas», «no se me antoja».

⁷ En su libro ya clásico para los estudios de la diversidad sexual en Guadalajara, Joseph Carrier hizo mucho énfasis en que en los años en que realizó la parte fuerte de su trabajo de campo con «hombres homosexuales urbanos mestizos» de la ciudad

pasivo, consentimiento/coerción, sexo/amor, autoritarismo/sumisión, imposición/disposición, frígida/cualquiera, macho/maricón) a la par de sustentar su sentido en la oscilación entre los discursos institucionalmente normativos y aquellos subversivos operados desde masculinidades y feminidades alternativas (Lacombe, 2006). Revolucionan prácticas, porque el «dispuesto» puede ser un varón masculino, un varón femenino, una mujer masculina o una mujer femenina; o cualquiera de ambos desde apariencias andróginas y prácticas intersexuales. Las especificidades estallan los límites genéricos tradicionales, y ello puede llevar a nuevos arreglos o a nuevas disputas (Dugan y Hunter, 2006).

No, esa es la onda. Nosotros no nos andamos con eso de llevar una florecita para que «afloje» o prepararle una cena romántica. Somos muy diferentes, no negamos el sexo, el deseo, no nos reprimimos y nos hacemos pendejos. Todos queremos «coger», que no se hagan. Nosotros lo decimos tal cual. Llega él y «órale, bájese los «chones» que te traigo ganas», o yo «¿quihubo?, vamos a ponerle, ¿no?». Igual la florecita y la cena puede ser, pero si es «coger» pues a «coger», quiera él o quiera yo. Y si uno no quiere, pues órale para la otra, y no pasa nada (Luis, hombre homosexual, 25 años).

Sin embargo, es común la presencia de formas jerárquicas en la relación afectiva o sexual, aún desde la homonormatividad, al reproducir los patrones genéricos tradicionales.

Es un «machito» y le encanta, y la verdad a mí también me encanta. Yo soy «ganosa» y afortunadamente a él no le hacen falta las ganas. Ahí ando yo pide y pide, y a él le encanta decir cuándo y me hace sufrir [risas]. Pero él es

(entre 1969 y 1971, aunque regresaría en diferentes ocasiones a Guadalajara hasta 1995), los roles entre ellos seguían reproduciendo estereotípidamente las imágenes tradicionales entre los géneros de lo pasivo, asignado a la feminidad, y lo activo, asignado a la masculinidad. El autor norteamericano se sorprende debido a que en los Estados Unidos esta dicotomía maniquea había sido ya superada en las interacciones sexo-afectivas de parejas homosexuales, sobre todo con relación a los roles de cada uno en las relaciones sexuales, las que ya no se limitaban a uno de ellos exclusivamente penetrador y el otro exclusivamente penetrado (2003: 25-68).

el hombre de la relación, ¿no? [risas]. Él manda y pues yo obedezco [risas]. Pero eso sí, tarde que temprano tiene que «cumplirme» [risas] (Lola, hombre homosexual, 20 años).

En un principio no sabía qué onda. Era muy chido porque había mucho cariño. La verdad, pocas veces me sentí tan bien con alguien, con él era como pocas veces, amor del bueno. Pero pasamos mucho tiempo sin «coger». Teníamos sexo oral y mucho «cachondeo», pero se negaba a «coger» [sexo anal] porque era virgencito y no quería. Afortunadamente entendió que si me quería tenía que entregarse bien [...]. No lo hacemos muy seguido, todavía no le gusta. Pero al menos ya me demostró que sí me quiere [...], en días especiales, muy especiales, pero ya es otra cosa (Pepe, hombre homosexual, 22 años).

Siempre tengo que estar muy al pendiente. Me llama cuando ya está cerca y va a llegar. A veces hasta me ando haciendo pero no entro al baño hasta que llegue. En cuanto toca el claxon tengo que estar allí para abrirle la cochera. Le choca que me tarde porque aquí hay mucho tráfico y le tocan el claxon. Una vez me tardé porque estaba en el baño y no sabes cómo me fue. Le gustaría a ella que estuviera atrasito de la puerta nomás esperando a que llegue. Pero si quiero llevarla tranquila y poder cachondear rico con ella en la noche, más me vale no tardarme en abrirle [...]. Uy, en la «lana» también. Yo soy un «desmadre» con el dinero, mejor que ella se encargue porque es mejor organizada (Mary, mujer homosexual, 24 años).

Es por ello que, como afirma Butler (2008: 176), mientras el género parece tener una «identidad estable» cuyas cualidades son aparentemente «naturales» y «fijas», las «performatividades sexuales» requieren la repetición porque son de hecho intrínsecamente inestables y, muy a menudo, contradictorias.⁸ Ciertamente «a la hora de actuar», al mo-

⁸ Uno de los principales aportes de Judith Butler es su concepto de «ficciones sociales» para referirse a la repetición de actos en las «performatividades» sexuales (las «puestas en escena» o «actuaciones» en las interacciones sexuales entre los géneros) que construyen ideas sobre los roles que «deben» llevar a cabo cada uno de los sujetos identificados con una adscripción genérica o identidad de género, haciendo parecer que existen «guiones escritos» para cada «identidad concreta»; pero que en realidad suelen ser móviles, cambiantes e inestables (2008: 107).

mento de la interacción sexual y afectiva, las pautas de comportamiento entre los géneros establecen roles que encajan claramente, por su repetición, en lo que se espera de un hombre y lo que se espera de una mujer, sobre todo cuando ambos están en una edad (juventud) que también socialmente está estereotipada como de «inexperiencia» y «ambivalencia» (Navarro y Herrero, 2001; Marcial, 2004, 2009). Sin embargo, una forma que detecté en la que se subvierten muchos de estos supuestos con relación a los roles esperados para cada género, es la posibilidad de encuentros sexuales con personas del mismo sexo, aunque los jóvenes (mujeres y hombres) que lo hacen se definen claramente como heterosexuales. Ellos y ellas se autodenominan «heteroflexibles», que implica que sin dejar de ser heterosexuales están abiertos a relaciones afectivas, pero sobre todo erótico-sexuales, eminentemente homosexuales. Sus propios amigos los definen como «bisexuales», «homosexuales reprimidos» o simplemente «indefinidos». Estoy convencido que lo anterior responde a lo que Maffesoli (2007: 241) llama «ambigüosexualización» en las socialidades contemporáneas, y resulta ser algo novedoso en las dinámicas culturales y sexo-afectivas de muchos jóvenes, incluyendo a los de Guadalajara, que cimbra por completo las concepciones y los roles que tradicionalmente se le asignan a cada uno de los géneros.⁹ Dentro de nuestras sociedades tradicionales basadas en

⁹ En años recientes se consolidó un estilo de vida juvenil que finca muchas de sus representaciones y referentes sociales en elementos andróginos en sus discursos, letras de canciones, estética y vestimenta. Esta cultura juvenil es conocida como «Emo», apelativo que hace referencia al carácter emotivo de sus expresiones. Al respecto, resulta recomendable el análisis que realiza Ximena Manríquez (2012) sobre la construcción de «masculinidades emotivas» en jóvenes *Emos* de Guadalajara. A su vez, los «metrosexuales» trastocan la masculinidad tradicional al poner un énfasis exagerado en su arreglo personal (ropa y calzado de marca, accesorios, maquillaje, depilaciones, cremas, cosméticos, dietas, ejercicios, cirugías estéticas, etc.), que se considera propio de la mujer pero que ellos se «permiten» gracias a su significativo poder económico. También dentro de las identidades de la diversidad sexual, existen algunas que se expresan a partir de esta proyección ambigua (no tradicional) de la sexualidad (Marcial, 2009). De hecho, hace unos años, a las siglas que referían a la diversidad sexual, LGBTT (lesbianas, gays, bisexuales, transexuales y transgéneros), se le han sumado dos más para evidenciar la irrupción de nuevas pro-

una moral católica la ambigüedad sexual, como indica Careaga (2004: 296), adquiere una potencia social perturbadora. Esta «ambigüesexualización», en tanto tendencia, es una característica propia de la evolución cultural contemporánea, en la que de los esquemas más rígidos de la «economía del sexo»¹⁰ que caracterizan la conformación de identidades en la interacción social (sociedades tradicionales), están siendo remplazados por esquemas más flexibles propios del proceso de identificación como parte sustantiva de nuevas socialidades. En esto algunos jóvenes de Guadalajara están también insertos, aunque seguramente en mucha menor cantidad que sus semejantes en países «desarrollados».

Así para ilustrar mi objetivo general, identidad *versus* identificación, yo diría a manera de tesis que las culturas donde prevalece la claridad, la unidad conceptual, la centralización burocrática, en suma, el proceso identitario, se han abocado a asignar a cada cual un sexo particular (masculino, femenino) y a atribuirle funciones específicas que no se deben transgredir. Lo mismo que la actividad en uno, la pasividad en el otro, la razón y la imaginación, lo público y lo privado, lo intelectual y lo sensible, lo político y lo doméstico, etc. [...] En cambio, las culturas donde el acento está puesto en lo vago, la sombra, el pluralismo teórico y organizacional, verán desarrollarse procesos de identificación en los que el sexo será menos una entidad establecida de una vez por todas que una construcción puntual que dependa de las situaciones vividas. Por consiguiente, ya no habrá funciones naturales y eternas que cumplir, sino roles cambiantes según las situaciones del presente. De donde se desprende una especie de confusión entre las polaridades sexuales. ¿Cómo hay que llamar a esta dinámica: bisexualización, pansexualización, polisexualización, ambi-

puestas: LGBTTTI (lesbianas, gays, bisexuales, transexuales, transgéneros, travestis e intersexuales). Travestis por ser una modalidad de transgénero con motivaciones más performativas que genéricas y/o sexuales; e intersexuales por una nueva identidad compuesta básicamente por gente joven que ha encontrado en la conjunción de lo masculino y lo femenino una nueva forma de expresión identitaria y sexual en tanto espacio de representación entre los géneros (con respecto a la intersexualidad contemporánea, véanse Chase, 1998; Domurat, 1999; Fausto-Sterling, 2006; Preciado, 2002, 2008; Nieto, 2002; Butler, 2004; Cabral, 2009).

¹⁰ Maffesoli define la «economía del sexo» como la forma en que cada sociedad administra la sexualidad y sus interacciones (2007: 241).

guosexualización? El término importa poco, basta con considerar que se trata de una realidad abierta, de una tendencia, un buen indicador para comprender la evolución de nuestras sociedades (Maffesoli, 2007: 241-242).

Pero cuando los roles se siguen vinculando estrechamente con formas tradicionales de relación entre los géneros, sean relaciones heterosexuales u homosexuales, la inequidad se sustenta en la reproducción de una violencia simbólica (Bourdieu, 1998) en la que tanto hombres como mujeres obedecen en buen grado esos guiones sociales preestablecidos sin la necesidad del ejercicio desmedido de la fuerza de forma clara, intencional e impositiva.¹¹ En estos términos, las mujeres jóvenes se encuentran en procesos de violencia simbólica debido a que prefieren aceptar encuentros sexuales no deseados con sus parejas, porque sienten que rechazarlos es «inapropiado» o porque tienen la creencia de que ellas son responsables de la «incontrolable» sexualidad de sus pares varones. Sin embargo, por sí sola esta visión no parece explicar un cambio social significativo que los jóvenes contemporáneos están experimentando en sus socialidades sexo-afectivas, en especial en las negociaciones diarias de consentimiento sexual. Dicho cambio es la mutación acelerada de las normas y los discursos sexuales contemporáneos, a grado tal que algunas desigualdades aparecen ahora como «liberadoras» y «emancipadoras», en un contexto de lo que en los países de habla inglesa se ha dado en llamar la «cultura de obscenidad».¹² Por ejemplo, en Guadalajara están proliferando prácticas en las que las mujeres jóvenes subvierten muchos de esos «guiones sociales» endosados al comportamiento sexo-afectivo de ellas desde los discursos más tradicionales de relación entre los géneros. Una de estas prácticas la llaman *lesbisexy dance*.

Así, si le traes ganas a algún «vato» pues ya entrada la fiesta, que lo ves medio «pedo», así sin «pearlo» mucho, sin voltear a verlo, pones musiquita adecuada y frente a él bailo con una amiga que ya la tenemos ensayada. Bailamos muy cachondo, acariciándonos y como quitándonos la ropa. Hasta besitos

¹¹ Según Pierre Bourdieu (1998), la violencia simbólica se estructura en el nivel pre-consciente del individuo porque uno (el varón) la ejerce y la otra (la mujer) la acepta.

¹² Véase la nota 1 de este texto.

en la boca para «prenderlo», ya vez, como la Britney [Spears] y la Madonna [risas] [...]. Me cai que caen, nunca me ha fallado, todos los «vatos» caen «redonditos» y luego te andan hasta rogando, los pones a tus pies (Jenny, mujer heterosexual, 21 años).

En un mundo en el que aparentemente existen opciones infinitas para las socialidades sexo-afectivas de los jóvenes contemporáneos, las mujeres jóvenes se encuentran simultáneamente bajo una creciente presión no sólo para adaptarse a estas versiones particulares de una sexualidad femenina tradicional, sino también para adherirse a ellas como formas de empoderamiento. Ya Levy (2005: 121) llamó la atención sobre el hecho de que la teoría feminista dotó a ciertas mujeres occidentales (empoderadas por su raza, edad, nivel de estudios, desarrollo profesional, clase social, etc.) de una libertad evidente para decidir sobre su sexualidad, aunque enfatiza que lo que aún les falta definir a la mayoría de las mujeres «liberadas» es qué tipo de sexualidad quieren, porque pareciera que siguen parte de esos guiones sociales que priorizan lo que los varones «necesitan», «esperan», «prefieren»; esto es, una sexualidad claramente falo-céntrica y heterosexual que pondera de forma jerárquica las necesidades eróticas y sexuales masculinas.

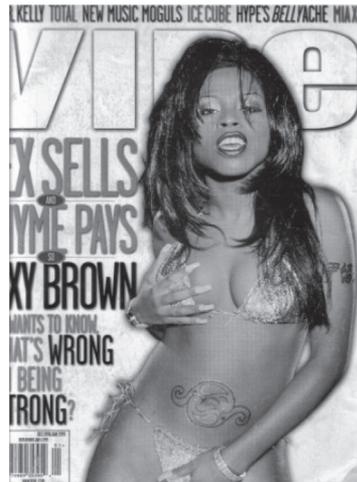
Las mujeres jóvenes contemporáneas que pueden hacerlo, deben elegir a partir de una gama muy limitada de opciones en relación con sus identidades sexuales, sus performatividades y sus experiencias de placer erótico. Parece ser que la sexualidad femenina se debe reducir a aquella que nos sigue hablando de una fantasía heteronormativa masculina, en la cual el placer sexual de la mujer es derivado, retomado, del papel de objeto sexual impulsado desde las industrias eróticas, sexuales y pornográficas.

La estilización del «deber ser» de la sexualidad de las mujeres jóvenes es pregonada como una indicación de que se encuentran sexualmente liberadas, que son libres de elegir y están empoderadas para consensuar con sus parejas varones el placer erótico y sexual por fuera de las normas tradicionales de género, que antes las excluían de estas decisiones o, peor, las juzgaban negativamente. La pregunta permanece: ¿el placer sexual de quién y sobre los términos de quién? En cambio, las mujeres jóvenes contemporáneas se animan, incluso esperan, mostrarse como activas «más allá» de una sexualidad tradicional mediante su compor-

Imagen 1. Portada de una revista de Estados Unidos en 1957 que reproduce una imagen estereotipada de una mujer con relación a su comportamiento sexual



Imagen 2. Portadas de revistas contemporáneas que reproducen una imagen empoderada de mujeres que deciden cómo ejercer su sexualidad, pero siempre en concordancia con los deseos y expectativas de los hombres



tamiento y formas de vestir, en lugar de seguir manteniéndose detrás de una línea extremadamente fina que divide a las «cualquiera» cuando van «demasiado lejos», de las «frías» cuando no se asumen en su «liberación sexual». Ya Vizcarra demostró cómo, dentro del contexto de los antros conocidos como *Table Dance*, las mujeres que bailan y se desnudan en sus espectáculos logran empoderarse frente a sus clientes debido al rol performativo que resulta de convertir su cuerpo en mercancía para el disfrute erótico (si sólo bailan) y sexual (si además se prostituyen): el llamado «sexo débil» subvierte las relaciones jerárquicas de género y recurre «[...] a la sensualidad, belleza, estilo, imagen o porte, como una vía de dominación sobre el otro» (2009: 29).¹³

Pero aun así, muchas de las lógicas de estas decisiones, actitudes y comportamientos siguen manteniendo su centralidad en la satisfacción masculina del deseo sexual; y ello implica que aún se emplean recursos de presión, coerción, violencia simbólica y violencia sexual hacia ellas en las relaciones juveniles contemporáneas de afecto, amor, deseo y sexo. Otro recurso de ellas para llamar la atención de los varones, es demostrarse capaces de desarrollar tanta violencia como ellos. De alguna forma, esta práctica empodera a muchas mujeres jóvenes, pero finalmente lo que se busca es la satisfacción del gusto masculino. Los jóvenes la llaman *bitch fight*,¹⁴ y consiste en que los varones suelen mostrarse ante ellas a partir de organizar peleas en las que uno tie-

¹³ En el epígrafe del artículo, Vizcarra presenta el testimonio de una bailarina: «[...] Quieres volver por el poder. Aquí somos poderosas, afuera no» (2009: 28).

¹⁴ La traducción del inglés sería «pelea de perras». El vocablo *bitch* (perra) originalmente se usó en el *slang* (lenguaje callejero) en Estados Unidos para referirse peyorativamente a mujeres prostitutas, aunque hoy en día se reivindica como una palabra que sin dejar de ser lenguaje obsceno se refiere a una mujer bien «cabrona» que no se deja y, especialmente, ejerce su sexualidad de forma emancipada («con quien quiere y cuando quiere»). Incluso el vocablo es retomado también dentro del ambiente gay como un apelativo para varones homosexuales claramente feminizados pero «que no se dejan»: «perra» es el «[...] homosexual sarcástico y ofensivo. También se utiliza para hacer referencia a una 'jota muy cabrona' o 'chingona'» (Marcial y Vizcarra, 2010: 107); y de allí se derivó a todo un lenguaje («perreadas») obsceno y burlón en tanto «expresión para ofender, denigrar, atacar a otro verbalmente o mediante actitudes 'joterías'» (*idem.*).

ne que someter a otro. Son enfrentamientos físicos directos con alto ejercicio de la violencia, aunque bajo el acuerdo de que «todo es un juego» y no vale enojarse. Después de algunos enfrentamientos, los propios hombres empiezan a aplaudir y a gritar «*¡bitch fight!, ¡bitch fight!, ¡bitch fight!*», y es momento entonces de que las mujeres «entren en escena». Entre ellas, organizan también enfrentamientos físicos directos donde se vale todo excepto enojarse y enemistarse. Al final, la popularidad de ellas ante sus pares varones dependerá de si ganaron o perdieron, e incluso de las heridas obtenidas (rasguños, cortadas, moretones, raspadas). Ellas, así, se sienten innovadoras y creen que sorprenden positivamente a sus pares hombres, aunque finalmente lo hacen para gustarles a ellos.

Las normas tradicionales y no escritas de relación entre los géneros se readaptan y reinventan para mantener fuerte y «natural» la jerarquía de las relaciones de poder que ejercen los varones sobre las mujeres; y las ventajas de una liberación sexual femenina proclamada desde hace más de 40 años aún es un discurso retórico para millones de mujeres en el mundo, principalmente las que son más jóvenes, solteras y que viven en un país como el nuestro. Me parece, entonces, que existen algunas implicaciones destacables de todo esto. Primero, que la penetración de los discursos sexuales que se forman a través de las reglas del juego en encuentros sexuales es tal que persisten en cada nivel de la sociedad y de las instituciones sociales. En otras palabras, el discurso que norma el comportamiento sexual y afectivo funciona y es reforzado a través de múltiples campos de interacción social e instituciones, incluyendo la legislación, la educación, el trabajo, la familia, la moral y la religión. Pero además, aquella conciencia sobre la violencia sexual hace muy poco para desafiar estos discursos. Esto es así porque, principalmente, tales discursos funcionan debajo del nivel de reflexión consciente (*habitus*). Así, las normas de género interiorizadas raras veces son sujetas al examen reflexivo y son fuertemente resistentes para cambiarse.¹⁵

¹⁵ Un ejemplo demasiado evidente, a mi modo de ver, sobre el hecho de que con respecto a la normatividad sexo-afectiva de los jóvenes los discursos efectivamente avanzan pero las acciones se estancan, tiene que ver con la tremenda injusticia, basada en las jerarquías de género, que sufren la mayoría de las mujeres jóvenes en sus escuelas (secundarias sobre todo, pero también preparatorias) cuando resultan

Sin embargo, por la exposición repetida a los campos de interacción social en los que se desafían estas normas de género y se valoran positivamente los modos diferenciados o alternativos de interacción, los cambios dentro de las prácticas cotidianas a nivel afectivo y sexual se tornan posibles. Finalmente, los desafíos a los discursos tradicionales de género deben plantearse coherentemente a través de múltiples sitios de intervención para alcanzar un cambio social significativo. En consecuencia, las instituciones sociales directamente relacionadas con la socialización de las generaciones jóvenes (familia, escuela, iglesias) también deben cambiar para romper el ciclo de generación de discursos que fomentan y, sobre todo, naturalizan las jerarquías en las relaciones de género al grado de solapar, desviar la mirada, esconder, ocultar, justificar e, incluso, impulsar el ejercicio de la violencia masculina en las interacciones sexuales y afectivas. Los casos de agresiones sexuales, estupro, violaciones y pederastia en los que los agresores son familiares, novios, esposos, amigos, compañeros de escuela o trabajo, vecinos, profesores, curas, entrenadores, guías (scouts, YMCA), autoridades de fuerzas armadas, funcionarios públicos, etc., así como el silencio, miedo y desconocimiento de sus derechos por parte de las víctimas; se explican dentro de un contexto de justificación y naturalización: «no se pudo aguantar», «algo hice para merecerlo», «yo tuve la culpa», «así es esa persona». Falaces y peligrosas «explicaciones disciplinantes» de los actos violentos.

En la oleada de asesinatos de homosexuales cometidos en México en la segunda mitad de los noventa, en el doloroso e indignante «caso Juárez» que abona terror frente a la violencia contra las mujeres, el discurso social (y de los medios) sigue favoreciendo la explicación *disciplinante*: los mataron porque eran desviados, perversos, drogadictos, anormales, si no hubieran sido homosexuales no hubieran sido asesinados; a ellas las mataron porque eran

embarazadas. La respuesta institucional (decidida por la institución escolar pero rubricada por la institución familiar) es expulsar a la joven, negándole con ello la oportunidad de seguir estudiando para ofrecerle un mejor futuro a su hijo; pero al novio o amigo que la embarazó, aun cuando se sabe quién es y estudia en la misma escuela, no se le «mide con la misma vara» y, con ello, no se le exige asumir las consecuencias de sus actos como a su compañera.

prostitutas, llevaban doble vida, eran fáciles. Las mujeres buenas están a salvo. La explicación obtura así la significación sociopolítica de los hechos. El pensamiento mágico se defiende, acusando (Reguillo, 2005: 18).

Para efectuar el cambio social tanto del discurso tradicional como de las normas y los «habitus» de género que son la base de la violencia sexual, resulta necesaria una combinación de cambios estructurales a través de múltiples instituciones y campos de interacción, así como también se requiere la promoción activa de un nuevo juego de normas para la negociación de los encuentros sexuales. Me parece justo reconocer que en todo esto, los jóvenes contemporáneos tienen mucho que aportar en esa «rescritura» de las reglas no escritas que rigen las socialidades sexo-afectivas de ellos y ellas.

Palabras finales

Las afirmaciones sobre la superación de la dicotomía entre la sexualidad activa, valorada positivamente de los varones; frente a la sexualidad pasiva, valorada negativamente de las mujeres y que ellas ya se encuentran liberadas y empoderadas en sus relaciones afectivas y sexuales, se quedan muy cortas al no reconocer que siguen vigentes muchas de las reglas de género tradicionales que norman las prácticas y los discursos sobre el amor, la afectividad y el placer sexual femenino y masculino. Ello les lleva a los jóvenes, hombres y mujeres, a seguir negociando sus encuentros sexuales cotidianos desde posiciones jerarquizadas de poder, resistencia, consentimiento y violencia simbólica y real. Un número importante de las reglas tradicionales de género aún están vigentes en la mayoría de las socialidades sexo-afectivas de los jóvenes contemporáneos, en tanto los significados predominantes desde los cuales muchos jóvenes dotan de sentido sus relaciones amorosas y sexuales, y desde donde ellos y ellas son juzgados(as) por sus pares, los adultos y las instituciones. Muchas de las mujeres jóvenes contemporáneas experimentan sus encuentros sexuales desde la presión (de pares, amigos, novios y adultos), e incluso desde la coerción y la violencia. Ciertamente, ya no son pocas las mujeres jóvenes que expresan con claridad lo que ellas no están dispuestas a hacer en la intimidad con sus parejas varones por no querer sentirse incómodas, pero muchas otras siguen asumiendo las expectativas sobre sus encuentros sexuales,

sobre todo las enamoradas, en total ausencia de sentido de sus propias necesidades y deseos, supeditando todo ello a lo que su pareja quiere, necesita, espera, exige o arrebatata.

Mientras muchos jóvenes son capaces de leer las señales comunicativas a nivel corporal entre hombres y mujeres, es claro que cuando se combinan con normas tradicionales de género confiar solamente en esas señales no es suficiente. No es extraño que después de un *lesbi-sexy dance* o una *bitch fight* el varón considere que tiene la «puerta abierta» para una relación íntima con ella, y cuando ellas no lo desean, en la mayoría de los casos acaban cediendo porque es lo que se espera de ellas. En realidad, esto es como una «mala comunicación», un «teléfono descompuesto», que ve la imposición en las relaciones sexo-afectivas como algo «natural» y «normalizado». Algunos jóvenes son capaces de reconocer e identificar las normas estereotipadas de género, y las prácticas sexuales asociadas a esas normas, desde un nivel consciente y así actuar de manera diferente. Pero muchos otros «naturalizan» formas coercitivas, impositivas y violentas de interacción sexo-afectiva, y reproducen esquemas jerarquizados de relación, convivencia y socialidad. Sin embargo, los pocos avances en algunos casos compiten con un *corpus* entero de discursos de género tradicionales que han sido inculcados desde la infancia, la mayoría de las veces por la simple observación de la interacción entre los adultos que les rodean, y que se refuerzan enfática y cotidianamente durante la juventud desde las instituciones sociales, los medios de comunicación, las industrias culturales y la sociedad en general. No podemos abandonar a las mujeres jóvenes y presentarlas como las únicas responsables de decir «no quiero», «no lo deseo», y asegurarse que sea «no»; primero porque muchas de ellas prefieren (y tienen todo el derecho de) decir «sí quiero» y segundo porque en muchos casos, aunque digan «no quiero» sus parejas no las tomarán en cuenta. La deconstrucción de las normas dominantes sexuales y de género, y el estímulo de una práctica reflexiva, puede ser impulsada desde otros dominios como los contenidos educativos, las políticas públicas, la cultura escolar y laboral, más allá de la educación sexual o los programas para prevenir la violencia sexual. Además, la reproducción de los discursos tradicionales que ignoran, perdonan, justifican y hasta fomentan la imposición masculina y la violencia sexual deben ser señalados, criticados, des-

activados y sancionados desde otros campos de práctica, incluyendo la ley, la familia, la escuela, las iglesias, la publicidad, los medios, la cultura laboral y la cultura popular.

Para desafiar seriamente a la cultura tradicional de relación entre los géneros, y avanzar positivamente en la protección de las generaciones jóvenes y ofrecerles la posibilidad de un desarrollo afectivo y sexual adecuado, debemos empoderarlos (hombres y mujeres) para que participen estratégicamente en una novedosa re-definición de las reglas no escritas de poder y consentimiento, relacionadas con sus prácticas amorosas y sexuales. De nada sirve no hablar de ello con ellas y ellos, argumentando que así sólo los «incitamos» a la promiscuidad sexual.¹⁶ Hemos definido las condiciones de la socialidad sexo-afectiva de las generaciones jóvenes de tal manera que les negamos una capacidad de agencia para liberarse de los prejuicios sociales y desnaturalizar las relaciones de poder e imposición basadas en la supremacía del deseo masculino de placer sexual. Más bien, les dejamos con una agencia en estados intermedios desde la que pueden reinventar formas de interacción sexo-afectivas que aparentemente los libera de las «telarañas» que los adultos construimos y aún no hemos sabido quitar de nuestra cabeza, pero realmente siguen «amarrados» desde edades muy tempranas a las formas de interacción más tradicionales entre los géneros y, en el día a día, les reforzamos que el varón (si se dice ser «hombre de verdad») debe estar dispuesto siempre a las relaciones sexuales (dentro o fuera de una relación amorosa o afectiva); mientras que la mujer (si pretende mantener una relación afectiva o amorosa) debe estar siempre dispuesta a los deseos y las expectativas de su pareja, pero sin evidenciar iniciativa propia y siempre «haciéndolo» por amor y no por puro placer sexual. He aquí una clara inequidad: los hombres lo podemos «hacer» por amor o por sexo abiertamente y ellas deberán estar dispuestas. Pero ellas sólo lo deben «hacer» por amor, y así siempre demostrarlo.

¹⁶ Es de suya conocida la frase del gobernador de Jalisco, Emilio González Márquez (PAN), ante la propuesta de hablarle a los y las jóvenes sobre métodos anticonceptivos y repartirles gratuitamente preservativos (condones) en sus escuelas y lugares de reunión y diversión. No le pareció porque «eso implicaba darles dinero de una vez para el cartón de cervezas y el hotel».

Bibliografía

- Balderston, Daniel y Donna J. Guy, comps. (1998). *Sexo y sexualidades en América Latina*. México: Paidós.
- Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim (2001). *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona: Paidós.
- Beckerman, Marty (2004). *Generation SLUT: a brutal feel-up session with today's sex-crazed adolescent populace*. Nueva York: MTV Books.
- Bourdieu, Pierre (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Butler, Judith (2004). *Deshacer el género*. Buenos Aires: Paidós.
- (2008). *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*. Nueva York: Routledge.
- Cabral, Mauro, ed. (2009). *Interdicciones: escrituras de la intersexualidad en castellano*. Córdoba: Anarrés Editorial/Astraea/Mulabi.
- Careaga, Gloria, coord. (2004). *Sexualidades diversas. Aproximaciones para su análisis*. México: PUEG-UNAM/Porrúa.
- Carroll, Janell L. (2010). *Sexuality now: embracing diversity*. Belmont: University of Hartford Press.
- Carrier, Joseph (2003). *De los otros. Intimidad y homosexualidad entre hombres del occidente y el noroeste de México*. Guadalajara: Pandora.
- Chambers, Clare (2008). *Sex, culture and justice: the limits of choice*. Pensilvania: Pennsylvania State University.
- Chase, Cheryl (1998). Los cinco sexos. José Antonio Nieto, ed. *Transsexualidad, transgenerismo y cultura. Antropología, identidad y género*. Madrid: Talasa.
- Domurat, Alice, comp. (1999). *Intersex and the age of ethics*. Maryland: University Publishing Group Maryland.
- Dugan, Lisa y Nan D. Hunter (2006). *Sex wars: sexual dissent and political culture*. Nueva York: Routledge.
- Fausto-Sterling, Anne (2006). *Cuerpos sexuados. La política del género y la construcción de la sexualidad*. Barcelona: Melusina.
- Flowers, R. Barri (2010). *Street kids: the lives of runaway and throwaway teens*. Jefferson, N. C.: McFarland & Company Inc. Publishers.
- Giddens, Anthony (1998). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Henderson, Scott (2007). Youth, sexuality, and the nation: beautiful thing and show me love. Timothy Shary y Alexandra Seibel, eds. *Youth culture in global cinema*. Austin: University of Texas Press.

- Instituto Mexicano de la Juventud (2008). *Encuesta Nacional de Violencia en las Relaciones de Noviazgo. Resumen ejecutivo*. México: IMJ.
- (2011). *Encuesta Nacional de Juventud 2010. Resultados generales*. México: IMJ.
- Instituto Mexicano de la Juventud-Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (2010). *Encuesta Nacional sobre Discriminación en México. Resultados sobre las y los jóvenes*. México: IMJ/CONAPRED.
- Johansson, Thomas (2007). *The transformation of sexuality: gender and identity in contemporary youth culture*. Hampshire: Ashgate Publishing Limited.
- Judovitz, Dalia (2001). *The culture of the body: genealogies of modernity*. Michigan: University of Michigan Press.
- Kessler, Suzanne (1998). *Lessons from the intersexed*. Durham: Duke University Press.
- La Jornada (2012). México, 'uno de los peores países para ser mujer', concluye estudio de expertos. Diario *La Jornada*, México, 21 de junio.
- Lacombe, Andrea (2006). «Para hombre ya estoy yo»: masculinidades y socialización lésbica en un bar del centro de Río de Janeiro. Buenos Aires: Antropofagia.
- Levy, Ariel (2005). *Female chauvinist pigs: women and the rise of raunch culture*. Nueva York: Free Press.
- Maffesoli, Michel (2007). *En el crisol de las apariencias. Para una ética de la estética*. México: Siglo XXI Editores.
- Manríquez, Ximena (2012). *Los procesos identitarios juveniles: el caso de la masculinidad «emo-tiva»*. Tesis de Licenciatura en Antropología. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Marcial, Rogelio (2004). Saliendo temprano del armario: diversidad sexual y juventud en Guadalajara. Ponencia presentada en el Coloquio *Juventud: Siluetas para Armar*, organizado por el Seminario Permanente de Estudios sobre Juventud. Xalapa, Veracruz: CIESAS-Golfo, 17-18 de junio.
- (2009). Identidad y representaciones del cuerpo en jóvenes gays de Guadalajara. *Revista de estudios de género. La ventana*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, núm. 29, vol. II, julio, pp. 7-31.
- (2012). Violencia en parejas jóvenes del área metropolitana de Guadalajara. Alicia Peredo, coord. *Un mejor escenario para las metrópolis. ¿Quimera o posibilidad?* Zapopan: El Colegio de Jalisco, pp. 125-152.
- Marcial, Rogelio y Miguel Vizcarra (2010). 'Por ser raritos': presencia homosexual en Guadalajara durante el siglo XX. Cristina Gutiérrez Zúñiga y Rogelio Marcial Vázquez, coord. *Discursos hegemónicos e identidades invisibles en el Jalisco*

- posrevolucionario*. Vol. III. Zapopan: El Colegio de Jalisco, Colección Jalisco: Independencia y Revolución, pp. 27-115.
- Navarro, Ramiro y Laura Herrero (2001). De la ignominia al orgullo. La identidad *gay* en las nuevas generaciones. *Joven_es. Revista de estudios sobre juventud*. México: Instituto Mexicano de la Juventud, nueva época, año 5, núm. 14, mayo-agosto, pp. 50-61.
- Nieto, José Antonio (2002). *Transexualidad, intersexualidad y dualidad de género*. Madrid: Bellaterra.
- Powell, Anastasia (2010). *Sex, power and consent: youth culture and the unwritten rules*. Cambridge: University of Cambridge Press.
- Preciado, Beatriz (2002). *Manifiesto contrasexual*. Madrid: Ópera Prima.
- (2008). *Testo yonqui*. Madrid: Espasa Calpe.
- Ramírez, Juan Carlos (2005). *Madeiras entreveradas. Violencia, masculinidad y poder: varones que ejercen violencia contra sus parejas*. México: Plaza y Valdés/Universidad de Guadalajara.
- Reguillo, Rossana (2005). Pórtico: notas introductorias a las violencias. Juan Carlos Ramírez. *Madeiras entreveradas. Violencia, masculinidad y poder: varones que ejercen violencia contra sus parejas*. México: Plaza y Valdés/Universidad de Guadalajara.
- Rodríguez, Zeyda (2006). *Paradojas del amor romántico. Relaciones amorosas entre jóvenes*. México: IMJ.
- Vizcarra, Miguel (2009). Uso del cuerpo y empoderamiento: 'teiboleras al ataque'. *Estudios Jaliscienses*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, núm. 76. mayo, pp. 28-39.
- Wilkins, Amy C. (2008). *Wannabes, goths, and christians: the boundaries of sex, style, and status*. Chicago: University of Chicago Press.